

Dr. W. Mann

El fondo ideológico de las poesías de Alejandro Korn ⁽¹⁾

I



Una obra filosófica de Alejandro Korn es ya vastamente conocida y acreditada, aún más allá de las fronteras de Argentina, la patria de este pensador vigoroso y original.

Pero solamente poco se sabía que en su persona se hermanaba con la capacidad del razonar metódico, un espíritu soñador, dado a las aventuras del corazón, tal como lo simboliza su ex-libris, donde más allá de una columna jónica se ve navegar un velero, imagen del alma romántica anhelosa siempre de horizontes ignotos. Expresión de este lado de su personalidad es la colección de versos compuestos por él, con maestría artística en alemán, el idioma de la nacionalidad de su padre. Para dar mayor resonancia a estas producciones del filósofo, fué necesario traducirlas al castellano—trabajo de que se ha hecho cargo, con fino sentido de poeta, Ernesto Palacio—y publicarlas, obra cumplida, en una edición bilingüe, por el Instituto de Estudios Germánicos de la Universidad de Buenos Aires.

Merece interés esta publicación desde varios puntos de vista. Desde luego da un mentís—un nuevo mentís—a la especie

(1) ALEJANDRO KORN: «Poemas». Buenos Aires, 1942.

muchas veces sostenida de que, como lo formula Schopenhauer, «no se puede ser poeta y filósofo a la vez». Y, por lo demás ¿en qué podría basarse tal afirmación? ¿Acaso en la diversidad de las funciones mentales que se requieren para las dos clases de producción? Pero ¿son en realidad tan radicalmente distintas estas funciones? La verdad es que la meditación filosófica no consiste de ningún modo sólo en un frío trazar de abstracciones. ¿No vemos aún al riguroso Kant arrastrado a transportes de entusiasmo cuando caracteriza, por ejemplo, la dignidad de la ley moral? Y no hay duda de que, entre los motores que llevan adelante el pensamiento filosófico, juega un rol importante también la intuición estética.

Pero, ¿para qué buscar argumentos teóricos? Basta con lo que prueban las realizaciones concretas. Pues tenemos, por un lado, sublimes creaciones en que poetas de altísimo rango—los Schiller, los Hebbel, los Rilke, para designar algunas cumbres solamente—han materializado sus intuiciones filosóficas: y tenemos, por otro lado, precisamente a un número de filósofos autores de respetables y aún excelsas producciones poéticas.

En vez de negar la compatibilidad entre mente filosófica y vocación de poeta, averigüemos mejor en qué forma puede ser dada su unión. Colocaremos, con tal objeto, al poeta Korn en parangón con tres filósofos que también han dado expresión poética a su sentir íntimo: Schopenhauer, Nietzsche y Santayana, comparación que nos permitirá distinguir cuatro tipos dentro del género filósofo-poeta.

Los sólo escasos versos de Schopenhauer, insertados al final de sus «Parerga y Paralipomena» y cuyo prólogo reproduce en el epígrafe a la edición de los poemas de Korn, si bien nos procuran, como él lo dice, «una especie de trato personal» con su autor, no informan, sin embargo, de nada nuevo respecto de la posición del filósofo frente a los enigmas del universo. Es, pues, una misma substancia que llena su filosofía y, eso sí que sólo parcialmente, su poesía.

Mucho más alto es el cometido que cumplen las producciones poéticas de Nietzsche, joyas de un problema radiante nunca superado en la literatura alemana. Mientras para Schopenhauer sus composiciones versificadas eran solamente asunto de segundo orden, Nietzsche se sirvió de la poesía como de un vehículo eminente de la expresión y hasta del mayor desarrollo de sus visiones filosóficas. Pero a pesar de esta diferencia que media entre él y Schopenhauer, tiene en común con el último, que se mantienen sobre una misma línea las ideas simbolizadas en sus poemas y las expuestas en su prosa de índole filosófica.

Y llegamos a los casos que presentan un distanciamiento ideológico entre las manifestaciones razonadas y las poéticas de un mismo filósofo.

Entre ellos figura Jorge Santayana. Nos sorprende cuando en los sonetos de este pensador materialista-mecanicista que en su filosofar concedió voz únicamente a la razón, leemos lo siguiente:

«Ser sólo sabio no es sabiduría;
Es sabiduría creer al corazón».

Y, mientras en su libro «La razón y la religión» declara la fe religiosa inaceptable para su persona, si bien renunciándole su valor para los adeptos de ella, algunos de sus versos suenan como la confesión de un creyente.

También las poesías de Alejandro Korn nos descubren facetas de su espíritu que quedan ocultas en sus obras filosóficas.

Y no podía ser de otra manera, pues, al delimitar el campo de la filosofía, declara que ella ha de dejar al arte la empresa de penetrar a las regiones metafísicas. Consecuente con esa posición, eliminó de sus disquisiciones filosóficas el problema de la realidad absoluta. Tanto más feliz la circunstancia de que le fuera concedido—según lo dice en una de sus estrofas—«acunar en versos de bronceo son los cálidos anhelos de su corazón». (Poemas, pág. 17).

Estos anhelos no están, por cierto, todos relacionados con temas de índole filosófica—si es dable mantener este calificativo para lo metafísico, a pesar de haber sido anatematizado por Korn. Hay ardientes cantos a la belleza del suelo patrio argentino, y no falta la eterna nota de la lírica: el amor a la mujer. Pero una buena mitad de los poemas nos da a conocer las intuiciones del filósofo referentes al sentido íntimo de lo que es.

Ahora, como sus disertaciones de orden propiamente filosófico dejaron, según ya lo dijimos, sin tocar a esta zona de problemas, no pudo producirse algo parecido al espectáculo dado por Santayana, es decir, la incongruencia entre los dos dominios, el de la meditación razonada y el de la creación estética; sino que la poesía del autor argentino completa la imagen del filósofo rodeándola en forma armónica.

Tratemos de abstraer las principales ideas que forman el fondo de esos poemas, ordenándolas según las relaciones lógicas de antecedente y consecuente que pueden establecerse entre ellas, objeto para el cual será nuestra tarea desvincularlas de los conjuntos de impresiones vividos en que las intuyó el poeta.

II

En su filosofía, Korn se ha limitado a interpretar las valoraciones humanas; en alas de la intuición estética se eleva por encima de la realidad empírica tratando de vislumbrar lo que haya detrás de ella. Fué ésta su manera de adentrarse en la metafísica. Porque, si bien ella le negó un lugar en la filosofía, no por esto la quiso desechar del todo. Declara, al contrario: «La metafísica es nada ilícito, es algo ineludible» (1).

(1) «La libertad creadora», pág. 99. Doy las citas de las obras filosóficas de Korn según las ediciones de la Colección Claridad. Las cifras que entre paréntesis se agregan (arriba) a las citas de los «Poemas», indican las respectivas páginas del texto alemán de la edición puesto que—no estando amarrado por la necesidad de la versificación—he tratado en ellas de traducir la dicción de Korn lo más literalmente posible.

En cumplimiento de esta necesidad humana, lo confía al arte. La visión del poeta lograría traspasar «el velo del engaño» (38) que nos esconde a la genuina realidad. Así se le revelaría, en el primer plano, un espectáculo triste: descubriría que «todo lo que es vida y flor» (44), es decir, cuanto existe en espacio y tiempo, incluso la existencia humana, tal como nosotros la experimentamos, con su desfile de acontecimientos siempre renovados, es un mero espejismo.

Con un simbolismo que hace recordar las concepciones de los románticos, los versos de Korn culpan al Día de ilusionarnos con esas imágenes falaces. En cambio, cuando «la Noche, ante todo tiempo nacida, alza su cabeza desde el abismo», ella «con su fuerza oscura estrangula cuánto lucha, espera y vive» (46), y «el sombrío estremecimiento de la muerte penetra lo que fué hijo de la luz» (44) «derrumbándose en la Nada el mundo con sus glorias» (36).

Ahora ¿de dónde vienen aquellas fantasmagorías con que nos embauca la luz del Día? ¿Es que, «aprisionado por la ilusión, descansa nuestro espíritu en el loto del corazón»? De ahí que llega a ser juguete de nuestros deseos que «en el arca de nuestro corazón nutren la apariencia insubstancial»; así resultan las creaciones ficticias de nuestro «ilimitado anhelo» (36).

Es preciso que el espíritu «se evada del loto del corazón» para «quedar libre de la ilusión y romper el último eslabón» que lo encadenaba a lo terrenal (38). Elevándose a alturas donde «de eternidad a eternidad queda detenida la rueda del tiempo» (30), «su mirada, ya no más cegada por ninguna apariencia», percibe la total vanidad de la vida» (18 a 20).

Ahora comprende el poeta: «Mi hogar no es de esta tierra, ni a esta gleba se haya ligado mi espíritu» (30). Se da cuenta de que «la peregrinación por este mundo no vale realmente» (26), puesto que la existencia humana es «un trajinar y fatigarse» (46) que no deja llegar la paz al corazón. Y esto

porque lo terrenal es profundamente «antagónico» en sí, aun nuestro yo se halla «en guerra consigo mismo» ya que «el deseo-impulso profana sin tregua a nuestro corazón (20).

Pero cuando «enmudece el goce, el dolor de lo terrenal» (18) quedando el espíritu «impregnado del aliento de la eternidad», el alma, «de culpa y pena liberada, descansa en paz, llena de indecible felicidad», porque se halla redimida de las contradicciones inherentes a la existencia y ve «a todos los seres fusionados en una unidad» (18).

¿Será lícito encontrar en estos últimos versos, manifestada la fe del poeta en la armonía íntima de las fuerzas del universo, «expresión quizás de una sola y eterna energía cósmica», tal como se lee en una de sus obras filosóficas, mientras que otros pasajes de éstas parecen traducir dudas al respecto? (1).

Si por último preguntamos de dónde obtiene el hombre esas revelaciones sobre el ser metaempírico, la contestación es que, tal como para Platón el verdadero saber era el reconocer, recordar las ideas que fueron contempladas por el alma en la preexistencia, para el poeta Korn el intuir las verdades metafísicas es un percibir «acordes que son eco de tiempos remotos al igual del zumbido del mar que se escucha en la concha» (30).

III

Nadie que se imponga de las ideas condensadas en los poemas de Korn podrá dejar de ver los puntos de contacto que existen entre ellas y la ideología del autor de «El mundo como voluntad y representación».

Si el filósofo Korn acompaña a Schopenhauer hasta su tesis «El mundo es mi representación» (2), dejando sin determi-

(1) «La libertad creadora», págs. 88 y 97.

(2) «Apuntes filosóficos», pág. 28.

nar lo que pueda haber detrás de los fenómenos por nosotros representados, el poeta Korn lo acompaña aún hasta su afirmación de que estos fenómenos sean más que apariencia engañosa. Así ambos están penetrados de la inanidad del mundo sensible. «El velo de engaño» que según Korn oculta al auténtico ser, se identifica con «el velo de la Maya» tantas veces citado por Schopenhauer. Y finalmente, se nos presenta en ambos casos como reo culpable de este engaño al querer en su forma de deseo impulsivo.

Dadas estas semejanzas, el que sólo se dejara ilustrar por los poemas de Korn acerca de su concepción del mundo, estaría en peligro de llegar a resultados erróneos. Porque hay otros aspectos, de mayor importancia, en que las dos concepciones se distinguen profundamente. Para ver dónde termina su paralelismo debemos recurrir a aquellas enseñanzas de Korn que él mismo reconoció como filosóficas. De tal parangón se infiere ante todo su profunda discrepancia del concepto schopenhaueriano de la voluntad.

No sólo tilda Korn de especulación que no debiera tener lugar en la filosofía, a la tentativa de constituir la voluntad en substancia íntima del ser, de «identificarla con la energía cósmica» (1), sino que también rechaza la interpretación de la voluntad humana como mera «voluntad de vivir» (2), teoría que necesariamente tuvo por consecuencia el pesimismo de su autor (3), ya que para aquel ciego impulso no queda nada una vez que él se halle desilusionado de la vida.

Korn, en cambio, conoce, al lado del querer instintivo, otra voluntad, la de la personalidad consciente, y la ve orientada hacia un plano más elevado, hacia el valor. Por consiguiente, no pudo comulgar en el evangelio schopenhaueriano de la re-

(1) «La libertad creadora», pág. 66.

(2) l. c., pág. 118.

(3) l. c., pág. 166.

dención mediante la extinción de la voluntad. Admite, sí—como ya lo encontramos expresado en sus poemas—que debe extinguirse la tendencia primitiva de nuestro querer, que se agota en la casa de los caducos bienes terrenales. Exige, pues, que rompamos el dudoso encantamiento de una existencia que se reduce a lo que es la vida vista desde afuera: un incesante flujo de experiencias transitorias.

Pero no por esto predica el quietismo, la negación de la existencia, la paz del Nirvana. Muy al contrario, la vía que nuestro filósofo señala como conducente a redimirnos de las miserias de la existencia, es la acción productora de valores-cumbres, dentro de la propia persona y fuera de ella.

Y esta nota no deja tampoco de oírse en sus poemas. En uno de ellos se manifiesta el alto aprecio en que tenía al «afán de crear» como motor de la vida luchadora del hombre (24). En otro, exhorta al «corazón, su valiente compañero de lucha», a crear y soñar» (32), entendiendo, sin duda, aquel «soñar» que, atravesando el velo de la Maya, logra enfocar al verdadero ser. Entre estos dos caminos hacia la redención, el poeta Korn pone el acento sobre el soñar; el filósofo ha creído deber preocuparse sólo del crear. Las dos orientaciones, a primera vista heterogéneas, se hermanaban en la personalidad del filósofo-poeta que fué a la vez un enamorado de la vida activa y casi un místico.

Pero no nos contentaremos con constatar esta doble orientación. Debemos indagar acaso no hay un lazo de unión inherente a tal manifiesta dualidad. Encontrándolo lograremos, al mismo tiempo, poner definitivamente en claro la relación en que se hallan la filosofía y la poesía de Korn.

Pues bien, creo que no es aventurado interpretar el pensamiento de nuestro autor en el sentido de que las dos manifestaciones de la personalidad—el «soñar» las verdades últimas del ser y el «crear»—son obra de un motor único: la libertad. Por una parte, su poesía califica de liberación a la intuición del

auténtico ser, pues ya vimos cómo el espíritu, para sobreponerse a las apariencias con que lo ilusiona el «velo del engaño», debe sacudir el yugo del insaciable deseo.

Y por lo que respecta a la filosofía de Korn, el concepto supremo hacia el cual se concentran todas sus argumentaciones, es el de la «libertad creadora». Este ideal se opone nuevamente al cuadro desolado del «mundo como voluntad y representación». Porque, mientras Schopenhauer atribuye libertad únicamente al «carácter inteligible» del hombre considerando al carácter empírico fatalmente sometido a la causalidad, para Korn la autarquía del yo no es «expresión de un orden que supera nuestro conocimiento empírico», sino un hecho de la experiencia, «un estado de la conciencia», lo que significa que el hombre puede llegar, eso sí luchando consigo mismo, a conducirse en este mundo de la realidad empírica según su voluntad «completamente libre» (1),—convicción espléndida, aunque sólo acto de fe, que irradia tanta luz a través de la filosofía de Alejandro Korn.

Así este pensador vió en la libertad la esencia que es propia del hombre y distintiva de su superioridad. Practicando su libertad el hombre se eleva, por los dos caminos que hemos precisado, a su más alto destino. Ella es el momento que da unidad a las dos imágenes de la realidad humana diseñadas por Korn: la poética y la filosófica.

IV

Los poemas que hemos considerado esclarecen aspectos importantes del pensamiento de su autor que él dejó a oscuras en su filosofía. Pero ¿basta lo manifestado en ellos para iluminar plenamente aquel «recinto secreto» de la personalidad del

(1) «Ensayos críticos», pág. 128; «La libertad creadora», págs. 58, 167 y 68.

filósofo de que habla Francisco Romero en uno de sus estudios? (1).

Esta pregunta viene a la mente si nos damos cuenta de que los poemas hasta ahora publicados abarcan sólo una etapa bien limitada de su vida: los años 1883 a 1910. ¿Ha enmudecido el poeta a la edad de cincuenta años, es decir, durante los 26 años que le quedaron de vida?

Y recuérdese que este período corresponde precisamente al tiempo de la más intensa actividad filosófica de Korn, habiendo sus principales obras correspondientes salido a luz entre 1912 y 1935.

¿Sería, pues, una como rivalidad de funciones la causa de que se secase esa vena poética, rivalidad que, si bien no impidiera la unión de la capacidad filosófica y la estética en una misma persona, fuera, sin embargo, obstáculo a que las dos llegaran a actuar con simultaneidad? ¿O se explicaría en el caso de Korn el abandono de la producción poética—si lo hubo—por una evolución ideológica? ¿Habría el pensador en su edad avanzada llegado a una posición más positiva ante la realidad empírica que la prevaleciente en los poemas que hemos analizado?

Para resolver estas interrogantes habría que saber algo más sobre la posible actividad poética de Korn durante los últimos decenios de su vida. ¿Existen poemas de su vejez cuya publicación ha quedado hasta ahora reservada? En caso afirmativo sería intensamente de desear que también ellos se dieran a conocer a los admiradores y estudiosos del filósofo.

Pero sea como fuere, de todos modos tocamos en los poemas ya publicados el suelo materno de emociones e intuiciones del que brotó la concepción del mundo de Alejandro Korn.

(1) Francisco Romero: «Alejandro Korn». La Plata, 1938, págs. 10 y 28.